

blo, en las «fazendas» en las usinas, en los enconos del mestizaje, en las grandes explotaciones de la selva los motivos para su esfuerzo dramático. Cada libro, crudo, sin velos, como extraído de intento de las más brutales formas de la realidad brasileña, condiciona la vitalidad de esa literatura que pasa por ser una de las más originales y con más sentido moderno del continente. El observador siente a través de esas narraciones e interpretaciones, la fermentación de un estado social nuevo. Las mismas frases de Lobato citadas de un artículo que se publica en este número, contienen en potencia el germen de una inquietud que es el signo universal de la transformación espiritual de la juventud.

Pero en el Brasil como en los demás países de América, no existe aún claro y concreto el pensamiento de lo que debe hacerse y de lo que se hará en el futuro. Explosiones y estallidos, obedecen más que a motivos de orden general, de orden humano, en el concepto verdadero de la palabra, a diferencias locales, a formas enconadas, de la política, suplantación de personas o cambios de hombres. Y en la lucha económica, entre organismos armados con todos los instrumentos que franquea la riqueza, y los organismos nuevos con un confuso sentido social de lucha, el triunfo se decide siempre por aquéllos «Seiva».

El Brasil, con sus climas diversos, con sus costumbres varias, con sus mentalidades tan diferentes, carece de unidad en su pensamiento. Tiene un cerebro en el Norte, otro en el Sur y otro en el Centro. Así se expresaba un escritor brasileño en la primera página de una revista literaria «Seiva».

Y tal vez esta observación explique en parte la historia de los fermentos revolucionarios de ese país de tan extraordinaria y rica expresión intelectual.

### **La Semana del Libro**

La Sociedad de Escritores organiza actualmente la semana del libro. La primera reunión de esta naturaleza se realizó hace

dos años en uno de los salones de la Biblioteca Nacional y la premura con que fué organizada y el hecho de serlo por la vez primera en nuestro ambiente, hizo que ella se resintiera de algunas deficiencias.

No eran deficiencias de mayor importancia. Faltó la organización de los ciclos literarios para una rápida comprensión de la evolución del libro. Es probable que una semana del libro en el concepto corriente, pueda parecer sólo una acumulación de volúmenes y una presentación de casas editoras. Esta o aquélla, han alcanzado tales o cuales progresos en materia de tipografía, de presentación en el lujo de los libros o de buenas y correctas ediciones. En apariencia, decimos puede así creerse. Pero en países como estos en que el libro no ha logrado convertirse en el elemento de integración de los individuos, que es todavía como un accidente de quita y pon, que acompaña apenas en el ocio fecundo y se le tira cuando ya ha cumplido su misión transitoria, conviene mostrar la evolución, o si se quiere, la carrera seguida a lo largo de un siglo de vida.

En el libro hay que distinguir no sólo su calidad material y su presencia física. Hay la otra, la interna, la del espíritu, la de su evolución paralela a la evolución histórica, política y social de un pueblo. El libro ha venido acompañando las vicisitudes de la formación intelectual y política de la nación. Para llegar a esta especie de crecimiento, de hipertrofia editorial, se han necesitado muchos quebrantos, muchas penurias y desvelos y caídas. Los primeros volúmenes fueron tan tímidos en su salida como los primeros síntomas de la emancipación.

Y para hacer llegar al alma del pueblo—pueblo en el sentido universal, pueblo en todas sus capas, tanto arriba como abajo—es preciso mostrar, por lo menos en algunos de sus aspectos esta evolución de que hablamos. ¿Quiénes fueron aquellos primeros héroes del pensamiento aprisionado en volúmenes? ¿Cómo desde ese día se fué avanzando en perfección y en qué forma los hombres del siglo recibieron estas primeras manifestaciones del intelecto chileno? No sólo en presencia con las ediciones originales, a la vista, a ser posible,

sino con la palabra de algunos de los escritores que quisiera tomar a su cargo esa tarea de ilustración. Podría igualmente mostrarse la evolución del cuento, de la novela, aun de la historia, de la ciencia y de la sociología.

En uno de los kioskos que se destinarían al muestrario de los libros chilenos, podría realizarse esta evocación histórica. No es necesario acumular todo lo escrito. De sobra sabemos que fueron más los libros mediocres que los auténticamente fuertes. Quizás si esta presentación cronológica pudiera servir para desarrollar de una vez la verdadera línea de una crítica histórica, que no tenemos, que nadie ha abordado, con selección y gusto evidentes. En la novela se podrían realizar algunos prodigios, desde Blest Gana a Joaquín Edwards. La novela ha tenido una rara fortuna: la de contar con un novelista cíclico como Blest Gana que tampoco ha sido estudiado en profundidad, con verdadero sentido de la crítica, del ambiente y de la sociedad en que se formó. Habría que exceptuar los estudios que se leyeron en la Biblioteca Nacional en conmemoración del novelista, sobre el pueblo en las obras de Blest Gana y sobre la sociedad en las obras del mismo. Estudios, indudablemente serios.

En fin, las insinuaciones que acabamos de presentar pueden ser materia de más largo estudio. Quisiéramos que ellas sirvieran simplemente como ayuda a las comisiones que se han designado y sólo con el propósito de que puedan ser aprovechadas en lo posible.